



Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR: C. COLOMER MARQUÉS

AÑO I

GRANOLLERS, 27 OCTUBRE DE 1940

NÚM. 9

EDITORIAL

Cuando en Julio de 1936, una parte de España se alzó en armas contra la tiranía insoportable de un régimen de servilismo y de terror, velando por los fueros de la hidalguía, de la caballería y del espíritu ancestral de grandeza de raza hispana, todos los españoles auténticos se sintieron inmediatamente unificados con aquella minoría, con aquel puñado de audaces, que desafiando el calificativo de «rebeldes y facciosos» que un nominal «gobierno legítimo» había de aplicarles, levantaron con gesto viril la bandera y la causa de España, que en aquellos primeros momentos parecía perdida, dando lugar a una epopeya de tres años que no alumbraron y quizá no alumbren más los siglos.

A medida que la lucha se fué desarrollando, se fueron fundiendo las dos categorías, la minoría heroica y combatiente y los espectadores entusiastas, que si por las circunstancias, (edad, sexo, geografía, etc.), no podían empuñar el fusil y pagar tributo de sangre a la idea, desde la retaguardia nacional con su trabajo, o desde las checas, cárceles y retaguardia roja con su campaña desmoralizadora y sus sabotajes, cooperaron también de un modo directo al triunfo de España.

Llegó la victoria y con ella la paz; aquietados los espíritus y allanados los obstáculos naturales, la vida ciudadana fué transformándose en jardín florido, donde había de tener asiento la gloria duradera, por cuya consecución se luchó y se murió. Sin embargo, los que en un principio fueron elementos integrantes de la gran parte antes citada se disgregaron, por desgracia, en dos bandos antagónicos al entender la victoria de una manera diametralmente opuesta. Los unos, espíritus patriotas y caballerosos, comprendieron la necesidad de continuar su aportación sistemática a la fábrica del nuevo Imperio que nacía, sin regatear ni en un solo momento toda clase de ayudas, haciendo así más viable el árduo y doloroso camino que se había de seguir para ver de consolidar una paz a costa de tantos sacrificios lograda. No sucedió lo mismo con los otros; si bien durante algunos tiempos sufrieron moral y materialmente, con los que lo hacían realmente en los parapetos, en las trincheras o en las cárceles, conseguido el objetivo final, no volvieron a acordarse del precio a que se había logrado lo que ellos con tanto afán y beatitud ahora disfrutaban. Parecieron darles de lado a cuantos problemas se hallaban planteados, y se limitaron a ser espectadores indiferentes de una tragedia que, proveniente de la otra, no dejaba por eso de ser menos terrible. A ellos es a los que

hoy queremos dirigirnos para decirles: ¡Eso no! Se os defendió vuestra vida, se os defendieron vuestros bienes, se os defendió cuanto más amasteis y quisisteis y lo que es más, se os defendió vuestro honor y vuestra dignidad. Todo ello os lo defendió España, pues que su corazón y su carne eran los que murieron por defenderlo. Es lógico y natural, es problema de conciencia de todos y cada uno, que no puede soslayarse bajo ningún pretexto ni motivo, que si España os defendió, a España estéis reconocidos y estéis asimismo dispuestos a darle de una manera generosa, sin restricciones de ninguna clase; cuanto ella merece; no sólo por el hecho de deberle totalmente vuestra integridad moral y física, sino porque al pertenecer a la colectividad que lleva su nombre, os adjudicáis un título de orgullo y una estirpe histórica insuperables.

Con esto queremos decir que el que no cumple estas normas, el que no cumple estas consignas, el que de una manera velada o expresa pone cortapisas y presenta pretextos para no cumplir en todo momento, con la obligación ineludible que tiene para con España contraída, es un traidor y como a tal debe ser tratado.

Deben saber todos aquellos que con la conciencia ancha se dedican a múltiples actividades, a las que no se hubieran dedicado en un estado normal de cosas, que están incurriendo en el delito de traición, no sólo porque siembran la miseria y el descontento en las familias y un sinnúmero de hogares, sino porque al mismo tiempo están comerciando con la memoria sagrada de nuestros muertos. Que sepan también que cuando éstos cayeron, no lo hicieron pensando en defender sus lujos estúpidos, sus asquerosos vicios, su ostentación vana, su orgullo extemporáneo y un sinnúmero más de cosas, sino que lo hicieron pensando en una santa austeridad, en una labor profunda, humilde y callada, en un superamiento de valores, en una idealización de sacrificio, en un sumum inacabable de virtudes, que ellos, por desgracia, están muy distantes de atesorar. Así, pues, es menester corregirse, saber apreciar valores que ya de por sí son inapreciables y saber respetar el gesto del que todo lo ofreció sin pedir nada en cambio. Y ya que tuvieron la para ellos suerte, de no tener por diversas circunstancias que ir a arriesgar su vida, por lo menos, se les puede pedir un poco más de decoro, un poco más de ejemplaridad, un poco más de virtud y, en una palabra, un poco más de patriotismo, ya que de otro modo, además del desprecio material de cuantos les rodean, tendrán la maldición eterna de todos aquellos que en los luceros prestan ya, para siempre, guardia de honor a España.